

Publicaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

DEPARTAMENTO DE PRENSA

Cuaderno de Doctrinas é Información — No. 6

FACTORES PREVISIBLES EN LOS FUTUROS PROBLEMAS DE LA GUERRA Y LA PAZ

FB
341.73
A797f

Conferencia pronunciada en el Centro Boliviano-Americano, por el señor Subsecretario de Relaciones Exteriores de la República de Bolivia, Dr. Eduardo Arze Quiroga, en fecha 2 de Diciembre de 1954.

F.B.

355

A797f

LA PAZ — BOLIVIA

1955

800

00800

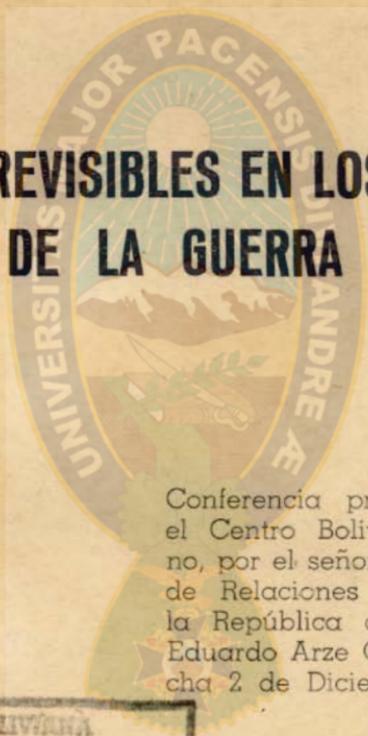
FB
341.73
A797f

Publicaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto

DEPARTAMENTO DE PRENSA

Cuadernos de Doctrina é Información — N° 6

FACTORES PREVISIBLES EN LOS FUTUROS PROBLEMAS DE LA GUERRA Y LA PAZ



Conferencia pronunciada en el Centro Boliviano-Americano, por el señor Subsecretario de Relaciones Exteriores de la República de Bolivia, Dr. Eduardo Arze Quiroga, en fecha 2 de Diciembre de 1954.

UNIVERSIDAD BOLIVIANA
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
BIBLIOTECA CENTRAL
La Paz — Bolivia

LA PAZ — BOLIVIA

1955

lo de una parte en la guerra
determinada por leyes.



11 SET. 1979

Inventario No.	000294
Stencil No.	1-X-84

Son efecto (de causas) + B
341.73
A797F
del desarrollo histórico. Son
la vía para solucionar antagonismos -
que son independientes de lo
que el hombre piensa o decide, L A F

1.— COMO SE PREPARAN LAS GUERRAS

Las guerras, y más que todas, las guerras modernas, son catástrofes fríamente preparadas por los hombres. En cierto sentido, son catástrofes de la Naturaleza, como pudo haber sido el diluvio o como puede ser un terremoto de efectos tremendos. A diferencias de estas hecatombes en las cuales interviene solamente la Naturaleza inerte, con sus leyes inexorables, las guerras son el producto de la voluntad de los hombres, como expresión de fuerzas naturales, existentes también en ellos. Esta diferencia se acentúa más y más, cuando se considera que, mientras que la Naturaleza es ciega en sus procesos, la naturaleza humana no lo es y obra de acuerdo con decisiones libres. Sólo el hombre alcanza esta facultad altísima de decidir sus pasos con libertad, aún frente a las más premiosas exigencias de la necesidad.

Así podemos observar que las guerras, con todos sus alcances catastróficos, son libremente preparadas por los hombres. Ellos pueden tener, o tienen, la conciencia de la necesidad que los empuja hacia esos planos de destrucción, pero, también tienen la libertad de eliminar los efectos de esa necesidad. Desde este punto de vista, desaparece todo fatalismo sobre la inminencia de las guerras o sobre su inevitabilidad. Las guerras son fatales e inevitables, sólo cuando los hombres las preparan con tales caracteres, por su propia voluntad.

2.— LA GUERRA JUSTA.

La primera consecuencia de estas observaciones es la de establecer que no existe la "guerra justa" en el sentido en que los clásicos creadores del Derecho Internacional nos la pintaban. He estudiado con la debida información este problema en mi artículo titulado "La Guerra Justa y el Derecho de Guerra" publicado en la "Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales" de la Universidad de Buenos Aires (Nº 27, noviembre y diciembre de 1951. Págs. 1614 - 1646). Observaba en ese trabajo las transformaciones del pensamiento jurídico y político de Occidente analizando las ideas sucesivas de Vitoria, Grocio, Puffendorf y Kant, y cómo la mente humana se aferraba en que de la falsa idea de la "guerra justa", nacía el Derecho como encarnación de la Justicia. Decía entonces:—

"No vivimos ya en tiempos en que se puede aceptar la teoría de una "guerra justa". Ninguna guerra, a través de la historia, fué "justa" en sí misma. Conviene remarcar esta evidencia para evitar falsas interpretaciones. Antes del advenimiento de Cristo en su soberana misión redentora, y aún después de él, los hombres de otras épocas y de otras culturas creían que la guerra era un "juicio de Dios" en el que el premio de la victoria correspondía por decisión divina, a la causa más justa. Esas épocas están ya demasiado lejanas para nosotros y, sin embargo, el hombre de nuestro siglo persiste en esa noción falsa. Para tales mentalidades es oportuno el viejo refrán del romancero español, lleno de experiencia y sabiduría:— "Vinieron los sarracenos y nos molieron a palos; que Dios ayuda a los malos, cuando son más que los buenos".

Así, pues, las guerras, en general, carecen de un contenido específico de Justicia y lo menos que entra en la gestación de tales catástrofes es un principio moral superior. Son producto de los instintos más primitivos y zoológicos del hombre.

3.— ARMAMENTOS Y PODER ATOMICO.

La fuerza básica que genera las guerras es la del sentimiento negativo por excelencia:— el odio, el cual, a su

vez, crea el clima de desconfianza y de inseguridad que fisonomiza toda etapa preparatoria de acontecimientos bélicos. La desconfianza y la inseguridad, mueven a los hombres de Estado a fijar su atención preferente en los problemas de armamentos y cuando tales problemas están resueltos, cualquier pequeño incidente o cualquier causa insignificante prende la chispa del incendio para el que durante largo tiempo se han acumulado los materiales inflamables.

En la era atómica la acumulación de esos materiales inflamables es sencillamente diabólica. El poder destructor del hombre ha llegado a niveles inconcebibles. En una frase muy breve, trasunto de la verdad, el Secretario de Estado de los Estados Unidos, definió ese poder, en su recordado discurso de 17 de septiembre de 1953, ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, expresando que las armas atómicas y de hidrógeno elaboradas por su país, eran suficientes para hacer desaparecer todo vestigio de vida en el planeta. No es ni siquiera necesario comentar esa verdad y sólo puede añadirse que el hombre de hoy puede, si lo quiere, anular la obra de la Creación, destruyendo de la Tierra, no sólo la vida de sus semejantes, sino la de todos los animales y las plantas, con la posibilidad de convertirla en una masa desolada de puros compuestos químicos.

El hecho de que el hombre pueda hacer todo eso y no lo haga, revela una vez más su facultad de decidir libremente sobre sus actos en torno a la guerra y a la paz.

Pero, en el fondo, la existencia de los materiales inflamables de que hablaba antes, es indiscutible. Ellos están listos a estallar en el momento más inesperado. El clima de la guerra está perfectamente formado, los bandos total y claramente definidos y el tono de los conductores de Estados es, desde hace tiempo, el tono de los estrategos que van tomando posiciones en ese nuevo juego de las relaciones internacionales denominado la "guerra fría".

4.— LA GUERRA FRIA.

Era frecuente en el ambiente europeo entre 1943 y 1945, pronosticar el fin de las hostilidades de la Segunda Guerra Mundial con una frase que pinta muy claramente el espíritu de los hombres de esta época. Se decía entonces:— "Cuando estalle la paz". El resultado del cese de las hostilidades en 1945 confirmó plenamente esa pesimista perspectiva de lo que sería el mundo, una vez terminada la guerra.

La Segunda Guerra Mundial tuvo un carácter punitivo, como ninguna otra guerra, ni aún las de tipo religioso lo tuviera. Se partía del principio de que los conductores de pueblos estaban en posesión de la Verdad y de la Justicia y parece que el más pleno acuerdo reinó en el mundo alrededor del tema punitivo que encarnó una especie de Derecho Penal Bélico. De ese acuerdo de voluntades de hombres eminentes surgieron los Tribunales de Nuremberg y Tokio que juzgaron como a criminales de guerra a los conductores de los pueblos vencidos.

Este no era, precisamente, el clima necesario para establecer las condiciones de una paz estable. Tal factor, y otros de muy diversa índole, pusieron en evidencia que, al producirse el cese de hostilidades, emergía ese estado nebuloso en las relaciones internacionales que tan gráficamente se ha designado con el nombre de la "guerra fría".

La "guerra fría" es la paz que estalla, es decir, es la paz frustrada. Ordinariamente, la paz era el abrazo que se daban el vencedor y el vencido al terminar la contienda. Sin duda por los alcances destructores de la Segunda Guerra Mundial o por la heterogeneidad de principios e intereses de los vencedores, el cese de hostilidades de 1945, no tuvo esos caracteres. El grupo de vencedores se disgregó en dos campos definidos, cada uno de los cuales arrastró parte de los restos de poder de los vencidos.

Ahora bien, Es difícil precisar si la "guerra fría" es un estado intermedio entre una guerra y una larga etapa

de paz, o un paréntesis breve entre dos guerras inmediatas. Eso depende, en realidad, de un cúmulo de voluntades y decisiones humanas. No puede negarse que, en este momento, los guías de las grandes potencias están en el trance supremo de situarse en uno u otro de sus caminos.

Un indicio de que ellos buscan el camino de la paz, es el que nos da el alojamiento de las fuertes tensiones entre Occidente y Oriente, sobre un tema en el que hace exactamente ocho años ni Oriente ni Occidente podían ponerse de acuerdo:— el problema del desarme, tan íntimamente ligado con el aprovechamiento de los descubrimientos de la física nuclear para fines de progreso y bienestar. Otros indicios, no menos sintomáticos, aún en medio del antagonismo de posiciones teóricas de Oriente y Occidente, son los hechos ya consumados de la cesación de fuegos en Corea e Indochina y los acuerdos básicos sobre la unidad de la defensa de Europa, mediante el entendimiento franco-alemán.

Pero, sin duda, el factor más pesado para la subsistencia de la "guerra fría", en el plano de los hechos, sigue siendo todavía la consideración de las situaciones creadas por el gran proceso de transformaciones sociales y políticas que está experimentando el Asia, ese gigantesco continente que alberga más de la mitad de la población del mundo, y del cual, como lo hace resaltar Gonzague Reynold, Europa es geográficamente, apenas una pequeña península.

Conviene dejar establecido que la gran carta que ha manejado la Rusia Soviética frente a Europa y América, desde los albores de su revolución, ha sido el Asia. Entre la primera y la segunda guerras mundiales, es decir, de 1918 a 1939, el Asia fué hondamente agitada con ideas de liberación que se hicieron efectivas a partir de 1945 con la independencia de la India y la creación de nuevos grandes Estados como Indonesia, Thailandia, Birmania y Filipinas. La tradicional balanza de poderes, de acuerdo con la cual la suerte del mundo se decidía en los grandes centros europeos, ha sido rota y en su lugar emerge ahora



una serie de fuerzas nuevas cuya presencia no es posible ignorar.

Es difícil contar con la ruina del cuerpo de la Unión de Repúblicas Soviéticas Rusas antes que se haya delineado y realizado la nueva formación del Asia.

5.— LA REVOLUCION MUNDIAL.

Nadie se atreve a negar que en nuestro tiempo se opera una Revolución en escala mundial. En lo que hay profundas divergencias es en la apreciación teórica de ese acontecimiento, desde muy diversos puntos de vista. Los más conservadores creen que la bomba atómica es un arma suficientemente fuerte y convincente como para extirpar esa Revolución hasta en sus causas recónditas, con la ejecución de una política radical, de acuerdo con la cual todo intento de aproximación a la Unión Soviética es simple y puro apaciguamiento. Esta es una tesis belicista.

Hay, también, quienes creen que no es necesario enfocar los problemas de la Revolución Mundial en el plano liso y llano de la guerra y que, dando un sentido positivo a las inquietudes y aspiraciones de las masas se puede dar fin a este levantamiento de fuerzas naturales incontenibles. A este tipo de criterio se aproximaría el planteamiento de las Naciones Unidas, a través de su misma Carta Constitutiva y del curso de sus actividades.

Finalmente, los sectores extremos consideran la necesidad de dar carácter permanente a la Revolución Mundial hasta obtener una hipotética sociedad sin explotadores ni explotados.

La Unión de Repúblicas Socialistas Rusas se erigió, desde los albores de la Revolución de Octubre de 1917, en campeona de la Revolución Mundial. Sin embargo y a despecho de esa aspiración, la Revolución Mundial ha tenido matices y formas muy diversas, según los pueblos en los cuales se ha operado. No debemos perder de vista que inclusive los Estados Unidos, a través del New Deal, sufrie-

ron el sacudimiento medular impuesto por las nuevas condiciones de la vida social y política del orbe.

Los filósofos han profundizado mucho, en interés de la especie humana, los caracteres típicos de la Revolución Mundial. No es necesario seguirlos en su enfoque a través de Spengler, Keyserling, Berdiaef u Ortega y Gasset. Lo que ocurre en el mundo es que se vive una etapa de masas. Fuerzas yacentes durante milenios, como las que emergen, por ejemplo, del fondo de la vida asiática, se han levantado con la mira de lograr un bienestar material del que habían carecido siempre sus enormes mayorías. Podríamos decir lo mismo sobre el levantamiento de las masas campesinas en Bolivia, así como sobre las numerosas revoluciones de tipo nacional que han sido percibidas en el curso de los últimos treinta años.

En todas sus manifestaciones, la Revolución Mundial acusa una raíz instintiva que pugna por elevarse de nivel.

El punto crítico del debate revolucionario, viene a ser, en el fondo, el que se relaciona con el ejercicio del derecho de propiedad privada. En esta materia habría mucho que decir, pero me reduciré a expresar algunas ideas generales necesarias para aclarar el problema.

Hasta el siglo XIX, la propiedad privada, como derecho sagrado y absoluto, había gozado del prestigio que le dió el pueblo romano, sin otras observaciones que las hechas por los Padres de la Iglesia, profundos conocedores de la naturaleza humana. Ese prestigio comenzó a romperse en 1848, en el orden teórico, con el Manifiesto Comunista. Las masas, carentes de propiedad privada, se alzaron contra quienes la poseían, con el propósito visible de ingresar, también, al plano de los propietarios. En muchas partes, esa aspiración humana de las masas se frenó con el establecimiento de la propiedad del Estado sobre los campos, las minas, las fábricas y las industrias en general.

Las causas más profundas de estas manifestaciones están sin duda en el enorme crecimiento de las poblaciones, sin un aumento correlativo de bienes de producción

y de consumo. No se vaya a creer que voy a delinear ahora ideas malthusianas. No vendrían al caso, pues, habría que considerar a Malthus como uno de los precursores de la idea de reducir la población del mundo a base de explosiones nucleares.

En lo que el mundo ha corrido desde Malthus, se ha puesto en evidencia, sobre todo, una cosa: —que los niveles de estabilidad y bienestar necesarios para las relaciones pacíficas y amistosas entre las Naciones, no han sido logrados precisamente porque los Estados han empleado lo mejor y más saneado de la renta nacional en preparativos bélicos, con sacrificio de la investigación científica para fines pacíficos y con prescindencia de planes de desarrollo. La ciencia puede resolver todos los problemas de subsistencia. En el mundo existen enormes zonas que no esperan sino el trabajo técnico del hombre para producir. Un ejemplo típico de ello es el ámbito de la América Latina que podría albergar en condiciones normales una población diez veces mayor de la que actualmente tiene.

Pero, la prueba más interesante de esta verdad radica en las proposiciones hechas por el Presidente Eisenhower de crear un "pool" internacional de la energía atómica, reiteradas en los últimos meses bajo el "slogan" del "átomo para la paz".

Gran fondo de verdad deben contener las aspiraciones de las masas populares, cuando las funciones básicas de las Naciones Unidas en el orden de la cooperación económica y social tienden a la promoción de niveles de vida más elevados, trabajo permanente para todos, y condiciones de progreso y desarrollo económico y social. Podría decirse que, si bien la terminología de la Revolución Mundial no ha sido inscrita en la Carta de San Francisco, en cambio ella ha recogido las inquietudes latentes en todos los pueblos insuficientemente desarrollados y en los pueblos coloniales que tienen abiertos los caminos de su liberación dentro de los términos de la Carta, cuando el logro de su gobierno propio figura como una obligación de los Estados que administran pueblos en régimen fiduciario.

6.— LA SEGURIDAD COLECTIVA.

A partir del final de las guerras napoleónicas, con las cuales se inicia la matanza organizada, con miraje mundial, con ejércitos permanentes y con armas nuevas, los ensayos pacíficos tienen una categoría cada vez más universal. El Congreso de Viena, es, a su modo y en su época, un ensayo muy rudimentario de la seguridad colectiva, reducida al principio del siglo XIX a la paz y a la seguridad de Europa, sobre la base de una distribución equitativa de los otros continentes en forma de grandes grupos coloniales.

Fisonomiza todo el siglo XIX y los primeros 14 años del siglo XX la política de las alianzas entre los pueblos europeos. Los Estados Unidos, fieles al testamento de Washington, no admiten tal política y cuando ingresan a la primera guerra mundial, lo hacen dejando constancia de que al clarear la paz se instaurará un sistema de seguridad colectiva, contrario a las alianzas y al reparto del mundo en zonas de influencia. Es la palabra de Wilson que abre estos horizontes para toda la humanidad. La Liga de las Naciones, creación del gran Presidente norteamericano, se frustra al nacer por la ausencia de los Estados Unidos en su seno. La Liga de las Naciones opera todavía, entonces, bajo los designios europeos del siglo XIX y, aunque por definición es un organismo universal, en la práctica sirve de instrumento a la vida política de Europa.

La Liga de las Naciones fué creada bajo la ilusión de la "paz perpetua" y tuvo una vida muy precaria:—veinte años, al cabo de los cuales, otra segunda guerra, más grande y más destructora que la primera, sacudió al mundo y le dió una nueva experiencia de dolor y de tragedia.

En el curso de la Segunda Guerra Mundial se discutieron con énfasis las bases de un sistema más amplio y sólido de seguridad colectiva. La victoria de 1945 permitió la creación de las Naciones Unidas, organismo moldeado originalmente en los principios de la Liga.

Se discute generalmente si las Naciones Unidas tienen o no eficacia para estabilizar la paz y la seguridad, objeto innegable para el que fué creada esa organización. En los ocho años de su existencia, el balance de las Naciones Unidas acusa saldos altamente favorables. A través de sus tres grandes Consejos (el de Seguridad, el Económico y Social y el de Tutela), las Naciones Unidas han demostrado que es posible la convivencia de los pueblos, por muy separados que estén en materia de principios.

La única alternativa clara frente a la negativa de la eficacia de las Naciones Unidas como institución tutelar de la vida internacional, es la resurrección de la política del poder cuyo significado es simplemente el del rigor de la ley de la selva o la de las profundidades del mar, como expresión de la vida zoológica del hombre, sin más norma que el predominio absoluto de los más fuertes sobre los débiles.

El sistema de seguridad colectiva, por mucho que envuelva algunas ficciones, rompe la concepción de la política del poder. Al asegurar su sitio en la comunidad de pueblos a todos los Estados, grandes o pequeños, y al darles oportunidad iguales para intervenir en los problemas de la guerra y de la paz, abre a todos los hombres de buena voluntad, la posibilidad de mostrar su esfuerzo y su ingenio en servicio de la convivencia pacífica.

Dada la calidad de mi auditorio, sería ocioso que me detuviera a delinear los Propósitos y Principios de las Naciones Unidas, en la gran tarea que se ha impuesto desde 1945 para detener la agresión. Pero sí, no es ocioso insistir que es la primera vez en la historia humana que una institución internacional enfoca problemas de paz y guerra en escala universal, bajo principios humanitarios. Los encara en todos los grandes órdenes de la actividad:— en el plano político, en el social y en el jurídico.

Esta era, lógicamente, la única forma razonable de canalizar el cauce de la Revolución Mundial.

7.— EL DESARME.

Me he referido más antes a la acumulación de materiales inflamables en forma de armamentos. La carrera armamentista de nuestro tiempo no tiene precedentes ni es la calidad, ni en la cantidad de instrumentos de destrucción que se fabrica en el mundo. Comparados los problemas del desarme entre 1920 y 1930, con los de hoy, existe una distancia inmensa. La ciencia, puesta al servicio de la guerra, ha creado posibilidades ilimitadas para la matanza organizada.

A partir de sus actividades iniciales, las Naciones Unidas concentraron sus mejores esfuerzos al enfoque de este asunto. En el plano de la seguridad colectiva, ninguna amenaza más latente para la ruptura de la paz que los esfuerzos encaminados al perfeccionamiento del material bélico.

La aplicación de la física nuclear a los fines de guerra ha despertado, también, la ansiedad de los hombres y los ha empujado a mirar la utilización de la ciencia en empresas de paz. El 8 de diciembre de 1953, en uno de los más memorables acontecimientos que haya registrado el siglo XX, el Presidente de los Estados Unidos propuso formalmente la unión de los esfuerzos de todos los pueblos para la explotación de la energía nuclear en fines pacíficos. Ese paso marca hoy la tónica del debate, tanto sobre el problema del desarme, como en el del empleo de la física nuclear como fuente de energía.

Hay, visiblemente, esfuerzos generosos que no aceptan el principio romano de "si vis pacem, parabellum". Este principio ha informado la política de Occidente durante muchos milenios y se ha creado en nuestro tiempo la tremenda congestión de elementos destructivos de que se ufanan los pueblos.

La experiencia histórica, principalmente la del período comprendido entre 1920 y 1930, ha comprobado que los hombres pueden ponerse de acuerdo en la limitación y la reducción equilibrada de armamentos. Es de su interés co-

mún disminuir los gigantescos gastos que motivan los aumentos de potencial bélico.

En el orden del desarme, las diferencias entre Oriente y Occidente son hasta hoy aparentemente procesales, pero revelan en el fondo enfoques muy divergentes. Mientras Occidente preconiza una "equilibrada reducción de armamentos corrientes", y un "control internacional de las armas nucleares", Oriente prefiere una "prohibición incondicional de las armas nucleares y una reducción, en el plazo de un año de un tercio de las fuerzas corrientes.

Como se ve, las distancias de criterio son profundas, pero no insalvables. Si se considera el interés humano de preservar la paz por encima de todas las cosas, se verá que si bien es problemático, no es imposible que los mundos en lucha hagan un esfuerzo sólido para reducir la tirantez internacional y trabajar por el mejor bienestar de los pueblos.

No podemos participar respecto del desarme y de la aplicación de la energía nuclear para fines industriales, de opiniones tan pesimistas como aquella muy difundida metáfora que equipara la situación de las naciones poseedoras de esa fuerza, con la de los dos escorpiones embotellados. Un fatalismo tan ciego y correspondiente a una escala zoológica tan inferior a la del hombre, es ultrajante para la dignidad de nuestra especie, aparte de que en el plano de la verdad, es muy discutible.

8.— COMO SE PREPARA LA PAZ.

He trazado, a muy grandes rasgos, en el curso de esta charla, los factores fundamentales, que generan las guerras. En primer lugar, el odio entre los pueblos o entre las clases; en segundo, la desconfianza que crea el clima de inseguridad; y en tercero, como consecuencia de los anteriores, la preparación práctica para la guerra, por medio del incremento de los medios bélicos.

El armamentismo es la expresión objetiva y visible de los sentimientos de odio y un remedio muy imperfecto

para la confianza y la seguridad. Esos son los factores de fondo que muestran la gestación de una guerra. En su preparación, psicológica, la opinión pública también cuenta mucho, ya que los conductores políticos de los pueblos, tienen que atenerse, hasta en Rusia, a las oscilaciones de esa fuerza invisible y poderosa.

Se diría que si eso es así, es decir, si las guerras tienen una gestación normal, si son preparadas minuciosamente, porqué hacer esfuerzos para evitarlas o para lograr su aborto? Ya hemos dicho antes que, a diferencia de los procesos de la Naturaleza, en el plano de la física, la química o la biología, planos en los cuales hay un gobierno inexorable de leyes naturales, en los campos de la política o la economía, en general en el dominio social, los hombres deciden con libertad sus pasos y aceptan, también, con la misma libertad, el imperio de la necesidad.

En términos exactos, la paz no es simplemente la cesación de las hostilidades. Esto lo vemos claramente a través de las contingencias de la "guerra fría", contingencias que envuelven ausencia de hostilidades, pero no en clima pacífico.

La condición básica de la paz es el ambiente psicológico que la genera.

Nada me impresionó tanto en los Estados Unidos, como las muchas cartas que recibía de diversos puntos de ese gran país, casi todas ellas escritas por mujeres que alentaban la obra de las Naciones Unidas en servicio de la paz. Eran, generalmente, madres, esposas o hermanas de soldados que peleaban en Corea. Estoy seguro de que, en el otro bando, idénticos sentimientos animaban a miles y millones de personas que deseaban el final del derramamiento de sangre.

Ese clima de opinión pública, en todos los pueblos, es el secreto para la paz. Los rusos, que son psicólogos expertos, han hecho de la prédica pacifista, el gran recurso de su contacto con las masas. Aunque fundamentalmente esa prédica es verbal y en muchos casos los hechos la con-

tradicen, han creado una opinión pública pasivamente dispuesto a la paz.

En Occidente, Europa y las Américas, con distintos sistemas de propaganda, los pueblos están sobrecargados de sentimientos pacíficos. Para Europa, teatro de la tragedia del 39 al 45, la experiencia ha sido demasiado dramática para que sus masas puedan permanecer indiferentes ante la amenaza de una nueva catástrofe. Por su parte, las Américas han estado siempre mejor preparadas para la paz que para la guerra. Si en Oriente los pueblos están pasivamente dispuestos para la paz, en Occidente lo están activamente.

Esa posición activa de Occidente hacia la paz, está fundada en los sentimientos cristianos que han madurado a través de veinte siglos. La proposición del "átomo para la paz" constituye una actitud masculina, nacida a impulsos de sentimientos cristianos que lleva a proporciones gigantescas la vieja profecía de la transformación de las espadas en arados. La espada y el arado eran en tiempos preterritos los símbolos de la paz y de la guerra. Eran los instrumentos de la destrucción y de la producción.

La humanidad ha crecido mucho y su instrumento de destrucción es tremendo. Pero, ese mismo átomo que fué desintegrado para crear la desolación, el dolor y la muerte, puede ser utilizado para producir bienestar, confianza y niveles más altos de vida para los pueblos.

Esa es la esperanza de hoy.



EDITORIAL "LETRAS". - YANACOCHA Nº 612